

sacerdotes y a los escribas, los cuales le condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles, y éstos le abofetearán, le escupirán, le flagelarán y le matarán, y al tercer día resucitará»; Judas le hará traición; los Apóstoles le abandonarán; Pedro le negará tres veces antes del segundo canto del gallo; morirá en cruz. También predice muchas de sus futuras exaltaciones, inverosímiles después de tantas afrentas: su resurrección, significada en las figuras del templo destruido y del profeta Jonás; su aparición en Galilea después de su resurrección; la venida del Espíritu Santo; su Ascensión a los cielos.

• **Sobre la suerte política y religiosa de Israel.** Nuestro Señor predice la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío. El Reino de Dios será arrebatado al pueblo judío, que quedará excluido de él en su gran mayoría, y dado a otras gentes que lleven más fruto.

• **Sobre los Apóstoles.** Jesús les predice sus futuros sufrimientos: serán odiados por el mundo, echados de las sinagogas y perseguidos; Pedro será crucificado como su Maestro.

2º Profecías sobre la Iglesia, cuya realización atestigua la historia. En orden a su gran obra, la Santa Iglesia, Nuestro Señor Jesucristo predijo su fuerza, que hará que las puertas del infierno no prevalezcan contra Ella; crecerá como un grano de mostaza, hasta convertirse en un gran árbol en el que anidarán toda clase de hombres; y ejercerá sobre la sociedad una influencia secreta, pero que la transformará como la levadura fermenta la masa. Será un Reino universal, ya que incluirá a las gentes del Oriente y del Occidente; el demonio la combatirá y tratará de sembrar el mal en Ella, por lo que estará compuesta de buenos y malos; predicará el Evangelio en todo el orbe antes de que llegue el fin de los tiempos. El Espíritu Santo la asistirá continuamente, y El mismo se quedará con ella hasta la consumación de los siglos. La victoria final será de Cristo y de su Iglesia: «No temáis, Yo he vencido al mundo».

3º Profecías sobre el fin de los tiempos y el advenimiento del Hijo del hombre. Queda aún por cumplirse este tercer grupo de profecías, con todas las señales que han de preceder este gran acontecimiento: aparición de falsos cristos, guerras de naciones contra naciones, calamidades y catástrofes públicas (terremotos, hambres, etc.), inundación de los vicios, predicación del Evangelio en todo el orbe, abolición del sacrificio perpetuo, apostasía de las naciones –cosas todas que nosotros tenemos la ocasión de verificar, y que parecen increíbles después del gran triunfo de la Iglesia en toda la sociedad por siglos enteros–. Como sucesos ya más directamente preparatorios de su segunda venida, Cristo anuncia fenómenos en el sol, la luna y las estrellas, conmoción de los astros, etc. A continuación se seguirá la resurrección de todos los hombres, la aparición del Hijo del hombre con gran poder y majestad, el juicio universal, y la consumación y perfección del Reino de Dios por toda la eternidad.

La profecía, segunda prueba divina de la religión revelada

Veámos en la Hojita de Fe anterior que si la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo tiene un valor probatorio tan grande, es porque reúne a la vez la condición de **milagro** y de verdadera **profecía**.

«Mirad –dijo Jesús a sus apóstoles– que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas, los cuales le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará» (Mt. 20 18-19).

Así pues, toca ahora estudiar la *profecía* como *sello* y *firma* de las obras de Dios, y particularmente de la misión y persona de Jesucristo.

1º La profecía.

La profecía es la *predicción cierta de un acontecimiento futuro, cuyo conocimiento no puede deducirse de las causas naturales*. Así, por ejemplo, el nacimiento de un hombre determinado o sus actos anunciados muchos siglos antes.

Hay acontecimientos que la ciencia no puede conocer: los que dependen de la libre voluntad de Dios o de la libre voluntad del hombre. Como estas cosas no dependen de causas naturales, no pueden deducirse a partir de ellas. El profeta sólo puede verlas donde están, es decir, en la inteligencia de Dios, que es el único que conoce lo futuro. Por consiguiente, la profecía es un milagro de orden intelectual, una palabra divina.

*La profecía se diferencia esencialmente de la **conjetura**; es cierta y absolutamente independiente de las causas naturales. Así, las predicciones del astrónomo que anuncia los eclipses, las del médico que predice las resultas de una enfermedad, las de un hombre de Estado que prevé un cambio político, no son profecías: son deducciones de causas naturales conocidas. El demonio, superior al hombre en inteligencia, puede hacer conjeturas más serias que las del hombre, pero no puede hacer profecías, porque no conoce lo porvenir.*

Para que haya una verdadera profecía se requiere: • ante todo, que la *predicción* se haga *antes del acontecimiento*, y con tanta *certeza*, que no quepa duda alguna respecto de su existencia; • luego, que el hecho anunciado sea *de tal na-*

tural que ninguna inteligencia creada pueda preverlo por medio de las causas naturales; • finalmente, que el hecho *se cumpla* según la predicción, porque la profecía prueba sólo en la medida en que el acontecimiento anunciado la confirma.

2º Posibilidad de la profecía.

Dios puede hacer profecías, por sí mismo o por sus enviados, porque El conoce el futuro y puede manifestarlo a los hombres. Los hombres que reciben estas comunicaciones divinas y predicen lo futuro se llaman *profetas*.

• **Dios conoce el porvenir.** *Su ciencia es infinita: abarca a la vez lo pasado, lo presente y lo futuro. Así, conoce por igual las cosas futuras que las presentes, los actos futuros de las causas libres que los de las causas necesarias. Si Dios sólo conociera los acontecimientos cuando se cumplen, su ciencia no sería infinita, y dejaría de ser Dios. Para El no hay ni pasado ni futuro, sino un eterno presente.*

• **Dios puede manifestar a los hombres el conocimiento de estos sucesos futuros,** *pues si nos ha otorgado el don de hablar, ¿por qué no podría hablar El mismo? Por lo tanto, Dios puede hacer profecías y correr el velo que oculta a los hombres el futuro. Tal es la creencia unánime de todos los pueblos; tanto paganos, como judíos y cristianos, han creído siempre en las profecías; todos han conservado el recuerdo de los oráculos que anunciaban al Libertador del mundo, al Deseado de las naciones; lo que prueba que todos los pueblos han atribuido siempre a Dios el conocimiento del futuro.*

3º Objeción contra la profecía.

¿Cómo se concilia la presciencia de Dios con la libertad del hombre? Pues si Dios revela el futuro, necesariamente ha de suceder, sin que dependa ya de la libertad humana.

Respuesta. *La razón nos dice que Dios conoce lo porvenir: así como Dios está presente en todos los espacios, porque es inmenso, del mismo modo está presente en todos los tiempos, porque es eterno e inmutable. Pero, por otra parte, nuestra experiencia personal e íntima nos muestra que nosotros somos libres. ¿Cómo se concilian estos dos extremos? Ahí estriba para nosotros el misterio. Pero este misterio no debe llevarnos a negar lo que no comprendemos. Ya en el mismo orden natural hay muchas cosas innegables que no podemos comprender; con mayor razón, pues, habrá misterios en lo referente a los atributos infinitos de Dios.*

Digamos, con todo, que la ciencia de Dios no destruye nuestra libertad, porque aunque Dios ve todas nuestras acciones, las ve y conoce en su misma condición de acciones libres, y por lo tanto dependientes de nuestra voluntad y decisión personal. Desde lo alto de una torre veo a un hombre que se va a tirar al vacío; pero mi mirada no influye en nada en la libertad de su acción. Del mismo modo, el hombre realiza las acciones que Dios ha previsto, pero no las hace porque Dios las haya previsto, esto es, como si dicha previsión lo determinara a hacerlas; al contrario, Dios no las

habría previsto si el hombre no hubiera de hacerlas libremente bajo la mirada divina. Dios ve, pues, todo lo que harán las criaturas libres, pero sin forzar de ningún modo su libertad: la visión de Dios no cambia la naturaleza de las cosas futuras.

4º Valor probatorio de la profecía.

La profecía es la *palabra* de Dios, como el milagro es su *obra*. Y así como Dios no puede confirmar con el milagro lo que no viene de El mismo, tampoco puede abonar con la autoridad de su palabra una religión falsa o una doctrina errónea. Luego una religión que se apoya en verdaderas profecías posee en su favor un testimonio divino.

La profecía posee así la misma fuerza demostrativa que el milagro. Es un sello divino, una señal infalible de la revelación divina. Todos los pueblos han dado este significado a las profecías, las cuales son un medio cierto para conocer la verdadera religión.

5º Jesucristo, sumo Profeta.

Nuestro Señor Jesucristo, a fin de demostrar plenamente su mesianidad, su misión divina y su propia divinidad, no sólo debió hacer uso del milagro, sino también –y más– de la profecía en su sentido estricto, esto es, anunciando el porvenir oculto a la ciencia humana. De hecho, Nuestro Señor no tuvo el milagro y la profecía por modo transeúnte, como sus siervos los profetas, sino de manera permanente y personal, como convenía al que posee la plenitud de la gracia.

Así lo vemos en los Evangelios. Siendo consustancial con el Padre, tiene por derecho propio el don que Dios siempre se reservó, de conocer lo presente, lo pasado y lo futuro. Ve a Natanael debajo de la higuera, cuando ello debía ser algo desconocido de todos, ya que causa el estupor del interesado (Jn. 1 48), y a la samaritana le revela el drama hábilmente velado de su vida (Jn. 4 17-18); sabe que Pedro, al echar el anzuelo, pescará un pez con una moneda en su boca (Mt. 17 27), y que un hombre con un cántaro de agua pasará a tal hora por tal sitio, y lo da por contraseña a sus discípulos (Mc. 14 13-15); conoce los pensamientos que se levantan en los íntimos rincones de los corazones fariseos (Lc. 5 22), y, en definitiva, «sabe lo que hay en el hombre» (Jn. 2 25).

Sobre todo, cuando profetiza el futuro, ¡qué terrible claridad de visión hay en sus ojos! Las profecías de Nuestro Señor Jesucristo pueden clasificarse en tres grandes grupos: • profecías que debían realizarse en tiempo de los mismos Apóstoles; • profecías cuya realización atestigua la historia de los siglos siguientes; • y profecías relativas al fin del mundo y a las señales que le precederán, cuyo cumplimiento está todavía en los arcanos secretos de Dios.

1º Profecías realizadas en vida de los Apóstoles. Son a su vez de tres clases: profecías de Jesús sobre sí mismo, sobre la suerte política y religiosa de Israel, y sobre la suerte de los Apóstoles.

• **Sobre sí mismo.** *Nuestro Señor predijo con precisión su pasión y muerte, y muchas de sus circunstancias. «El Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los*